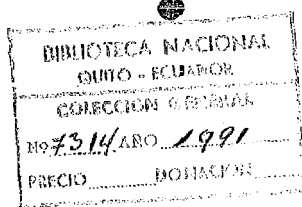


A. Carrion

ALEJANDRO CARRION

**Luz
del Nuevo Paisaje**

LIBRO DE POESIA
(1934 - 1935)



0002820 - J.

PORTADA Y MADERAS DE
EDUARDO KINGMAN

QUITO

EDICIONES "ELAN"

1937

Próximamente:

"Primera tentativa de fuga"

Libro de Poesía

**ES PROPIEDAD
DEL AUTOR.**

IMPRESA FERNANDEZ

*Luz
del
nuevo
paisaje*

Acaso la belleza de los paisajes
sólo esté en nuestros ojos:

Mañana, no habrá ante la mirada otro paisaje
que una iglesia en llamas
y ya habremos perdido la cuenta
de las manos crispadas:
será que ya nos habremos levantado
y ya habremos sembrado de gritos
el campo, que antes era sólo propiedad del silencio.

Cien millones de balas habrán salido
a explorar el pecho de cien millones de hombres
y se verán caer los batallones desgranados
como las hileras de una mazorca.

Junto a lo que fue una casa
un niño sordo mirará extasiado
cómo crece una rosa de sangre hasta cubrir un pecho
desde la estrecha grieta de una herida.

(No más paisajes dulces,
no más cantos de aves para olvidar el hambre,
no más poetas cantando la belleza de las estrellas
y las curvas alegres de las hembras en celo).

Todos nos habremos vuelto a la tierra
y sentiremos que nos crecen raíces hasta ella.

Y, mientras los templos arden rojos, del color de la sangre,
porque la semilla de sus llamas nos habrá saltado del pecho,
un himno fuerte de posesión total, de alegría infinita,
cantarán nuestros labios sobre la tierra nueva
que habrá florecido como nunca
por haberla abonado cien millones de muertos.

Entonces,
los hombres y las máquinas,
en los ojos una luz nueva, desconocida,
con los pechos hinchados por el himno reciente,
marcharán, lentamente, en medio del crepúsculo,
en busca del silencio.

Buen año

Les nacía la canción en los labios
como en la primavera
les nace la alegría a las plantas.
En los ojos ponían suavidad de caricia
para mirar los campos:
es que hacía buen año.
El trigo, como nunca, llenó de oro la tierra.
Se temía que faltase en la mesa un lugar para el pan
y que en los corazones no pudiese caber tanta alegría.
En todas las miradas habían brotado flores
y en todas las bocas florecían sonrisas.
El amor nunca tuvo más parejas que unir
que ahora, en el buen año, dorado como el pan.

Pero no fue así.
Brotó de la tierra una inundación de trigales y flores.
Pero entre los campesinos no desapareció el hambre.
De la ciudad llegaron los señores
a llevarse, entre risas, los frutos de la tierra
y con ellos se llevaron, a su vez, las canciones.
En todos los labios murieron las sonrisas.
En las mesas vacías se oía suspirar por el pan.
Todas las miradas descubrieron espinas en las flores
y el amor se olvidó, como una lección.

Un gran dolor brotaba de los campos
e impedía el regreso de los señores.
Se oía a los árboles protestar doloridos:
¡Nunca hace buen año para los labradores!



Salteador y guardián

De su paso
guardan una huella profunda los caminos.

Cuando abrió los ojos
le rodeaba una tierra desnuda
que ignoraba el rocío y no tenía noticia de la lluvia.

Su primera mirada fue hacia el sur.
Hacia el sur enrumbaban su vuelo batallones de pájaros.
Hacia el sur dirigía el viento la copa de los árboles.
Hacia el sur dirigían los hombres sus miradas.
Hacia el sur se iban los caminos.

Allá, los ríos anchos y tranquilos
que presienten el mar a cada instante.
Allá, la línea que cambia el destino de los hombres
dividiendo la tierra
al agrupar las flores formando dos banderas.
Más allá, el despoblado, el mar de arena,
el sol sobre la tierra que carece de flores,
los caballos ágiles y enjutos como flechas
y los hombres duros, crecidos sin sonrisas ni lágrimas,
con las vidas fuertes, áridas y luminosas
como el sol y la arena.

Más allá, los campos de petróleo
con millares de obreros.
Más allá, los puertos, con millares de barcos.
Más allá... la ancha tierra peruana como un mar de leyendas.

Hacia el norte, la montaña,
los árboles altos hasta el cielo,
la ausencia del calor bien cubierta de niebla,
los campos verdes y quebrados, donde nació la lluvia y se inven-
(tó el rocío.

Más allá, la ciudad que desde hace cuatro siglos
sueña con un camino para ir hacia el mar.
Más allá... retorcida de dolor y volcanes,
entre el mar y la selva, la tierra ecuatoriana.

Y hacia el sur y hacia el norte
y hacia todos los cuatro puntos del horizonte
el mismo dolor,
la misma angustia ancha rebosando los ojos
y la misma pobreza destrozando los músculos de los trabajadores.

Creció. Se hizo buen jinete,
aprendió a cruzar a nado los anchos ríos tranquilos,
a matar a lo lejos los venados huidizos
sin errar un centímetro el disparo de la mitad del pecho.
Se hizo hombre. Soñó con ser minero,
chofer del despoblado, marinero de Paita,
arriero del ganado, policía, vaquero.
Regaba, como todos, con su sudor la tierra.
Como todos tenía hambre, sed, paludismo.
Y un buen día sintió que la tristeza
le desbordaba el pecho, llenándole la vida.
Y le dió a su machete la recia vecindad de una pistola.
Se aseguró en el pecho el lazo para coger las reses.
Y en sus ojos le nació la llama

con que alumbraría por tres años el vivir de su tierra.
Y entre las de todos, alzó su voz.

Al oírla, sintieron los hombres arder en sus venas sangre de sal-
(teadores.

Y se fueron tras él, por los caminos,
a través de los ríos, en rápido tropel de caballos peruanos,
cruzando aquella línea que quería dividirles su tierra,
haciendo que brotasen los gritos como las plantas en invierno
y que creciese el terror como la oscuridad en la noche.
Querían hacer justicia sobre el campo tranquilo,
bajo el sol implacable que no deja crecer a la ternura....

II

Su voz despertó todos los ecos de las encrucijadas
igual que los ciclones

Su mirada les mostraba el camino a las balas
y ellas llegaban, seguras y certeras,
a la mitad del pecho de los hombres.
Nadie osó detenerlo en su camino, frente a frente.

En sus ojos ardía una llama alta
con la que incendiaba los caseríos en las madrugadas.

De una a otra orilla de su frente
recorría el sol su ruta cotidiana.

Era pequeño y fuerte
como esos cariños que acompañan al hombre por la vida.

Tenía los caballos de forma más cercana a la flecha,
las botas más fuertes y el pulso más seguro
en toda la extensión de la frontera.

Página número once



████████████████████

Extendidos los brazos, con los ojos brillantes por cien noches de
(sueños,
ofreciendo generosas los labios, lo aguardaban
todas las ricas hembras de la tierra caliente
para darle en sus cuerpos el descanso.

III

Orefa en la lealtad. Sabía
despertar a la muerte.

Nunca le apagó a nadie el respiro a traición.
Decían los periódicos:
«Naúm Briones mató ayer a dos hombres.
Se les encontraron las balas en el pecho».

Era la rebeldía de los peones
la que se desbordaba con él por los caminos.

Por esto, en torno de su nombre
está creciendo un bosque de cantos populares.

Hacía temblar a los hacendados y a los ganaderos.

Los pobres lo habían hecho guardián de su esperanza.
Todas las chozas le abrían sus puertas
y desde ellas los campesinos le ofrecían la chicha y el pan.

Cuando huía
era en el corazón de los peones su escondite.

Nunca les quitó nada a los trabajadores.

A los patrones, dueños de la tierra,
les quitó los billetes, las reses y la vida,
les violó las hijas, les quemó las casas
y les hundió su nombre, como una puñalada, en lo más delicado
(de sus vidas.)

La terrible justicia primitiva,
en presencia de Dios,
en presencia del campo,
en presencia del río,
en presencia del hombre y la montaña,
la ejercían sus manos.

Era la rebeldía de los peones
la que se desbordaba con él por los caminos.

IV

Un día llegó la noche demasiado pronto.
En toda la frontera, a la par que el crepúsculo,
surgió un sordo lamento.
En voz baja, queriendo desmentirse a sí mismos,
apretadas las manos contra el pecho, balbuceaban los peones:
«A traición los rurales han matado a Naúm Briones».

Pero el eco aún repite su nombre en las encrucijadas.
En la noche, a la luz del relámpago,
aún se ve al bandolero galopando su potro peruano.
En los caminos
aún palpita la dolorosa huella de sus pasos
y se percibe aún el olor de su sangre.
Y en el labio del hombre persisten todavía, amargas o cordiales,
las cinco rudas sílabas que formaban su nombre:
NAUM BRIONES.

Hoy,
de su sombra crece la leyenda.

Y a través de los años,
en la noche fragante, en el campo tranquilo,
tras de rogar a Dios por el pan de sus hijos,
les contarán las madres la historia de este hombre
a quien ellas hicieran guardián de su esperanza,
crecida en la leyenda, sobre el férax terreno de los corazones:
«Una vez, en la frontera, hacen ya muchos años....»
Y por el sueño blanco de los niños cruzará el bandolero
galopando en su potro peruano.

Fue la desorientada rebeldía de los peones
la que se desbordó con él por los caminos.



Bloqueo a la esperanza roja

Las gotas de rocío
brillan en las ventanas de las casas obreras.



Un presentimiento sombrío estremece a los hombres
mientras, con las cabezas bajas, se lanzan a la calle.

En la triste penumbra de una casa obrera
la palabra temblona de una vieja que dice:
«Mucho cuidado mi hijo, no vayan a matarte».

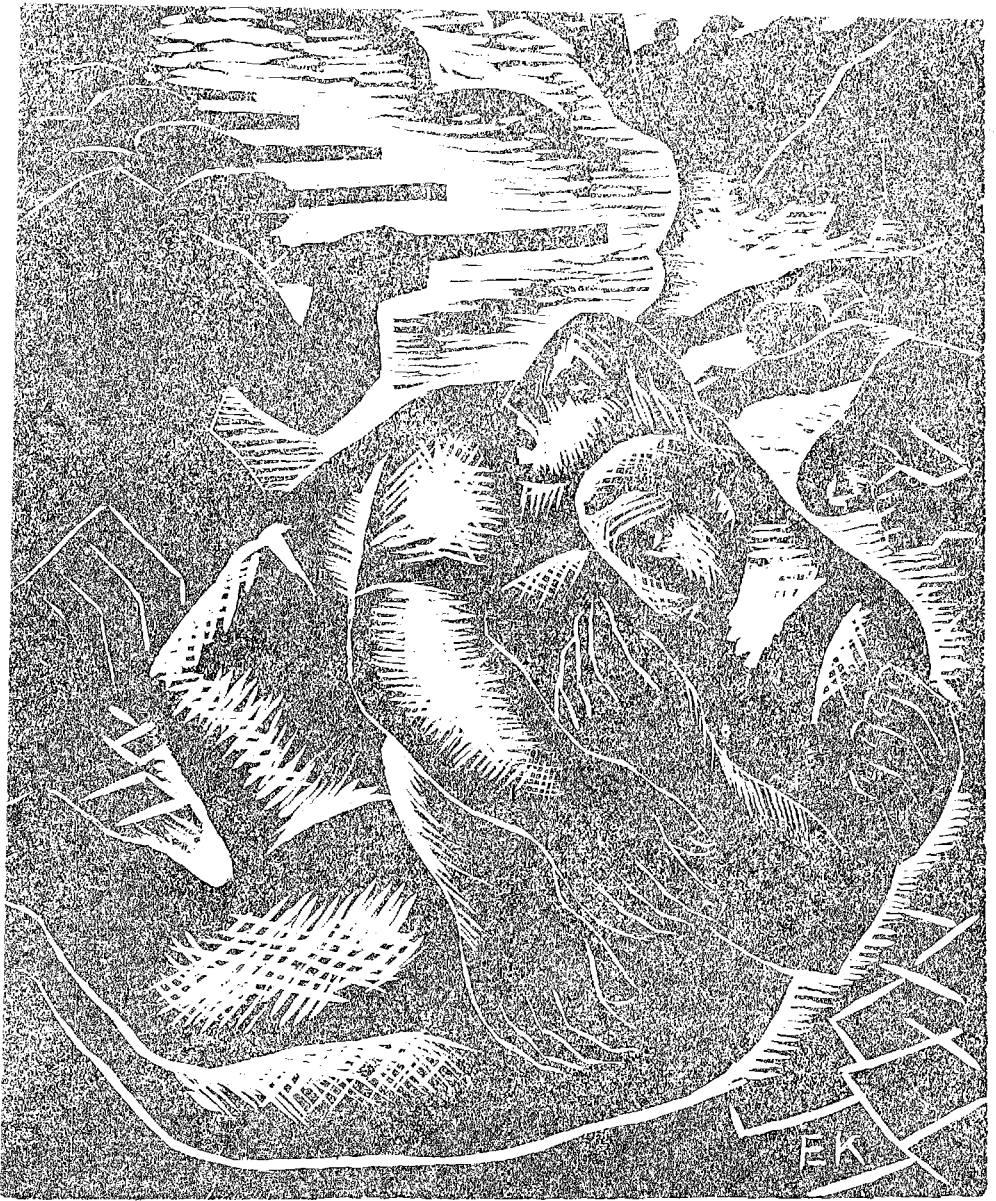
Detenida
sobre una tosea cuna, la mirada de un hombre
es la imagen viva de la clara ternura.

Esta tarde una madre
dará su leche amarga a su niño dormido
y la canción de cuna
se le quedará, sorda, en el fondo del alma.

En las casas humildes, por la vida del padre,
se eleva una oración sobre todos los gritos:
«Dios mío, que no vaya a tocarle una bala».

Fuera, la muerte ronda sobre las multitudes.





~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

Crece la tempestad en los pechos obreros.

Estamos en el día angustioso y terrible
que arde en los calendarios con rojas llamaradas.

Llamas, llamas,
gigantescas llamaradas desde los corazones
suben a las pupilas.

Es la fiebre del grito que enloquece a los hombres.
Es la fiebre que vibra en la dura palabra subversiva.
Es la fiebre que presta ese brillar de ascuas a los ojos.
Es la fiebre, la incontenible fiebre de los trabajadores.

En la calle
una selva de gritos crece sobre el silencio
y una nube de puños se interpone entre el sol y la tierra.

Sólo una vez al año van estos hombres tristes
a las calles centrales.
Sólo una vez al año. A reclamar su pan. A reclamar su paz.
A pedir cuentas a los escasos hombres que administran la felicidad.
Sólo una vez al año. Cuando en sus pechos tristes
crece la tempestad.

Un dique de fusiles, en las calles centrales,
hace de rompeolas de la marea humana.

¡Es tan suave cortar la carne obrera
con la fina y brillante bayoneta alemana!
¡Es tan hermoso sentir cómo el propio puñal
sabe abrirse un camino hasta lo hondo de un pecho!

¡Es tan bello sembrar de rojas flores
los pechos de los hombres desarmados!

Los soldados son hombres, y como hombres, olvidan.
Olvidan que esos hombres que gritan son carne de su carne.
Y les cortan la vida. En el día ensangrentado
en que van a pedirles *a los otros* su paz.

Tras la primera descarga
muchos hombres, de bruces, se abrazan a la tierra.
Y en los ojos turbios de un hombre moribundo
aparece, borrosa, la figura de un niño.



Este es el primer día del mes que los cristianos
consagraron a la dulce memoria de la Madre de Dios.

(En el pecho de un niño que volvía de la escuela
el roce de una bala le abrió el camino a un surtidor de sangre
y el muchacho, en la muerte, no encontró otra palabra
que el nombre de su madre. Con ella, en este día,
iba a rezar, confiado, a la Madre de Dios).

Rojas rosas florecen en los pechos obreros.
Empezaremos este mes de las flores y de la primavera
ofrendando rojas rosas de sangre a la Madre de Dios.

En el rojo crepúsculo
innúmeros hogares se han cubierto de lágrimas.
No más el duro pan y la ruda caricia
del buen obrero rudo.

No más la ronca voz del hombre que ganaba su pan
como lo mandó Dios.

En el día del trabajo, en el día de las flores,
en el día sacrosanto de la Madre de Dios,
fué a pedir *a los otros* aumento de salario.
Y una bala le dió, para siempre, la paz.

Tenues gotas de llanto
tiemblan en las pestañas de las madres obreras.



Canción de la cosecha

Sobre la angustia de los hombres fue madurando el trigo.
Sobre la angustia de los hombres que lo sentían crecer en lucha
(contra el viento,
hundidas las raíces en lo más delicado de sus corazones.

Sobre la angustia que, lentamente, les fué tiñendo de negro las
(pupilas.

Sobre la angustia de los hombres que no cesó ni aun viendo
el lento transformarse de sus frescos colores
en un rubio dorado que llenaba de luz el horizonte.

Debió haber nacido la alegría.

Debió haber nacido la sonrisa sobre el campo dorado.

Debió haber nacido alegre la canción cuando hizo su llegada la co-
(secha.

¿Por qué le sembrerá lograda no logró la alegría?

¿Por qué maduró el trigo sobre un campo de angustia?

¿Por qué no encontró nadie en un rincón del campo un momento
(de paz?

Lentamente se elevó hasta el cielo la canción calcinada de los la-
(bradores.

Lentamente, pesada en su amargura, de los labios resecos de las
(hembras

que dejaron a un lado sus gavillas de carne

para elevar, apretadas entre sus manos fuertes, las gavillas de trigo,
se elevó la canción.

No es ésta la alegre y liviana canción de los surcos fructíferos.

No es ésta la canción ilusionada del trillador que es dueño de su
(trigo.

No es éste el movimiento amoroso y cálido de las manos morenas
que oprimen los manojos de trigo como si fueran vivos manojos
(de su carne.

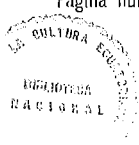
Canción atormentada del viejo surco esclavo,
del surco que le niega su semilla al labriego.
Canción llena de angustia, pesada canción del trillador cansado,
del trillador que sabe que no trilla su trigo.
Canción desesperada, enronquecida, que lastimas el pecho,
canción de la cosecha grande que maduró en la angustia de los
(hombres

y logró un color de oro para el campo
y logró la riqueza... pero no la alegría.
¿Cuándo dejarás de brotar angustiada, canción de la cosecha?
¿Cuándo tus notas claras como una madrugada
anunciarán que el trigo puso paz en las almas
e hizo rubias las notas de todas las canciones?
¿Cuándo tu día dorado será un día de amor?
¿Para loguarte alegre, angustiada canción de la cosecha,
tendrán los sembradores que fecundar con sangre el surco de su
(trigo,
tendrán los segadores que segar las cabezas como espigas
y habrá sobre las eras una roja trilla de corazones?

Sí... y esa sangre aclarará la voz en los pechos heridos
y a través de su color ardiente descubrirán la luz las cansadas
(pupilas.

Para oírte, renovada y eterna, canción de la cosecha,
estará el campo virgen como en la primera madrugada
y temblarán los hombres, mientras en sus ojos duros
les aflorará, límpida, una marea de lágrimas.
Renacerás robusta y nueva, vieja canción de la cosecha antigua,
purificada, apta para llenar los pechos de los trabajadores,
que, ante su propio trigo y ante su propia tierra,
abrirán en el aire un camino, con sus brazos nervudos
hacia el mundo extendidos.
Y, sin herir los pechos, de un coro de millones de voces,
partirás, serena, emocionada y grande
hacia el azul eterno.
Porque ya habrán hallado su paz los labradores.

Página número veintidós



**Cimiento
y
desarrollo
de la
vida
tranquila**

I

Cuando la alegría brotaba en todas partes.

Cuando subía un rumor de marejada
de la verde llanura.

Cuando corría la sangre, cantarina
como una chiclela.

Entonces,
la luz llamó a sus párpados
como un tímido amante a la puerta cerrada.

Le rodeaba
todo el amor del mundo.

Todo estaba esperándolo:
la clara sonrisa de la madre, derramando ternura
como una madrugada;
los largos sueños que edificara sobre su amor el padre;

las blancas telas que envolverían su débil cuerpo blanco
y las blancas manos de la blanca enfermera.

A crecer sobre la mirada de los padres.
A sentir cómo se trasladaba Dios de los ojos de su madre a los
(suyos.

A jugar, con la pura alegría en los ojos
y la pura sonrisa acreciendo su línea en el rostro inocente.

Todo sería fácil en su vida tranquila.

Cuando sus músculos se endurecieron,
y la barba brotó en la joven mejilla
y la mirada se elevó sobre el suelo más de un metro sesenta,
las hermosas mujeres buscaron sus caricias
y sembraron sonrisas en su vida liviana.

El dolor se alejó de su lado
—caminando en silencio—
por no turbarle el sueño.

Abundante,
poseía el dinero, que sabe abrir toda puerta cerrada.

Para sus plantas, todos los caminos.
Para sus ojos, todos los paisajes.
Para su cuerpo, todas las caricias
y ese dulce cansancio de no haber nunca conocido el cansancio.

Y a conocer el mundo. A llevar la mirada
más allá de las azules montañas que cercaban el campo en que
(naciera.

A aprender geografía en palacios flotantes.
A aprender que el mar, como si fuera un río, tiene también orillas.

Vió surgir las ciudades ante sus ojos jóvenes
dispuestas a entregarle sus secretos, como lo hacían
las hermosas mujeres.

Aprendió a no admirar.
Perdió la facultad de mirar con asombro.

Y, cuando regresó, tenía ancha la vida.
Lleno el pecho de mundos, la mirada de islas,
y en la vida colmada una injustificada sensación de vacío.

Un día llegó la muerte.
El cerró los ojos,
como para dormir la última juerga.

No hubo quién lo llore. El no dejó semilla.
Murió como los árboles de los paseos públicos.

Pero ya no importaba, porque ya no vivía.

II

En todas partes. En todos los rincones del azul horizonte.
Desde el puro amanecer, hasta que la noche trae sobre el campo
(su oscura caricia.

En todas partes, los mismos hombres sudorosos y amargados.
Los mismos hombres llegados a la vida sin que nadie los llame,
sin siquiera un pañal, con los ojos rebosantes de lágrimas.
Hombres para trabajar. Hombres para trabajar, nunca
hombres para vivir.
Hombres para trabajar... y después,
hombres para morir.
Sin que nadie los llore. Con los ojos resecos.
Con una asoladora sequía dentro el pecho.

En todas partes.
De una a otra orilla del camino del sol.

En los cañaverales. Donde el calor enerva.
Donde salta la muerte, desde los matorrales y las charcas pequeñas
a saturar el aire.
Donde la muerte está adherida al paso de los hombres.
Donde la muerte asalta a la vuelta de todas las esquinas.

Y en la sierra lejana. Con las nubes anudadas al cuello,
la canción hecha trizas y el alcohol en la vida como una candelada.
En la sierra lejana. Donde la muerte ríe
en los rostros de cera de los engarrotados.
Donde los hombres marchan con el lodo hasta el cuello.
Donde no hay ni siquiera el consuelo de saber que es azul el co-
(lor de los cielos.

En todas partes. Bajo el sol y la lluvia.
Trabajando bajo el sol y la lluvia.
Trabajando a la hora en que nacen los hijos, en que muere la
(madre.
Trabajando cuando crece la muerte en las entrañas, cuando rebo-
(sa la muerte las entrañas.

En todas partes. Bajo el sol y la lluvia.
Paludismo y calambre. Sin comida ni amor.

Sin conocer más mundo que el pedazo de tierra
donde se hunde la azada o se da el machetazo.

En todas partes.
La terrible condena del eterno trabajo.

Un látigo pendiente sobre la enferma espalda
presto a caer en el primer respiro.
Con un látigo eterno incrustado en la vida.

Sin sonrisas.
Con las bocas de piedra en los rostros inmóviles.

Sin caricias.

Sin las sabias caricias de las bellas mujeres
que hacen blanda la vida.

Sin conocer el sabor de los vinos.

Sin saber que los vinos
algunas veces saben hervir como la sangre.

Sin haber visto el mar.

Sin saber que sus olas amargas tenían la amargura de sus vidas.

Haciendo hijos sin tener esperanza:
como las millaradas de reses del potrero.

Hijos, hijos: para trabajar, para trabajar,

Nunca: hijos, para vivir.

Hijos para trabajar, para trabajar, para trabajar.

Siempre: hijos, para morir.

Sin pensar.

Sin reír.

Sin cantar.

Sin conocer el sueño ni gustar el amor.

Sin volver a llorar, hechos piedra los ojos,

desde ese primer día en que nació en sus ojos y en que murió en
(sus ojos

la primera y última lágrima.

¿Para qué?

Para cimiento.

Para cimiento de una vida tranquila. De una clara y sensual vida
(tranquila.

Para elevar sobre él, como bello edificio,
una sonrisa dulce en la boca de un hombre,

de un hombre que morirá en silencio, como los árboles de los pa-
(seos públicos,

sin dejar en la vida ni siquiera un recuerdo viviente de su carne...

Ahora, no

Con un cuento de hadas se podía olvidar.
La mirada podía buscar en las estrellas el camino del cielo.
La luz podía conducirnos los pasos
hacia el dulce hogar de las más bellas flores.
Las manos podían estrecharse por debajo de la mesa vacía
sacudiendo el deseo los dedos agotados.
Podían.

Ahora, no.
El dolor ha crecido.
La mirada no podrá conducirnos hacia las bellas flores.
(En estos ríos de asfalto, ¿cómo podrían vivir las bellas flores?
¿Cómo podrían vivir, si ya no hay la tierra,
si ya la suave tierra no se halla con los ojos?)
Ya no podremos entrelazar las manos agotadas.
Ya no nos queda tiempo para anudar las manos y vivir el deseo.
Ya no nos queda fuerza en la mirada.
Ya no tenemos fuerza para hacer avanzar la mirada hasta lo al-
(to del cielo.
Y ya a nadie le gusta contemplar las estrellas.

No.
Ni los cuentos de hadas ni los dulces poemas.
Ni el pequeño pan duro, que sólo hay en los cuentos.
Ni ese cántaro de agua de la historia sagrada.
Ni las fragantes flores prendidas al cabello
que poblaban las notas de las viejas canciones.
Ni la canción que pudo crecer sobre nosotros,
prendidas sus raíces en nuestros sueños jóvenes.
No.

████████████████████

Porque el hombre ha perdido el pequeño derecho
de vivir su alegría.

No.

El dolor, la miseria, todo eso ha crecido.

No podemos olvidarnos de ellos.

Han hecho su morada dentro de nuestros ojos.

Nos arden aquí, donde antes nos ardía el amor.

Nos arden aquí, en el oculto nido de nuestros viejos sueños.

No podemos olvidar ni olvidarnos.

No.

El dolor ha crecido. Hay un choque de puños.

Y de un choque de puños no nace la alegría.

Pero nace una vida. Es un choque de puños del que nace una vida.
Para lograrla pronto daremos nuestras vidas.



Sequía

De pronto, al campo se le había caído la sonrisa de los labios.
Los ríos cada día llegaban más escuálidos
y, sin ser época de cosechas, todas las sementeras se habían vuel-
(to doradas

Parecía próximo el día en que murieran de sed los manantiales.
Los pájaros habían dejado de cantar
y organizaban una emigración desesperada
hacia los países donde las flores existían y el agua era abundante.
En todos los ojos ardía la fiebre.

Nadie recordaba como era la lluvia
y parecía que estaban empolvados todos los corazones.
Los hombres se destrozaban las manos
tanto cavar la tierra.

El cansancio les había hecho atardecer los ojos.
El agua no se encontraba ya en ninguna parte
y la tierra reseca se llenaba de grietas.

Era la sequía!

Morirían primero las plantas, donde las flores ya no tenían cabida.
Luego serían las bestias, todos los animales.
Después los hombres, con los labios partidos
y en los ojos ensanchada la angustia.

Entre los labios les quedaría apretado un grito
que era toda la vida:

Queremos agua!

Agua!

Agua!

Mientras tanto, todo estaba seco,
hasta los corazones.

Las mujeres

buscaban en vano el amor
en alguna mirada.

Los niños

buscaban en vano un poco de agua
para hacer una charca donde poder jugar.
Y la que primero se murió de sed
fue la alegría.

Así debió haber sido la tierra
en el terrible tiempo que precedió al nacimiento del amor.
Todos los seres tenían la nostalgia de un cántaro vacío
y no podía pensarse en nada más dulce
que unas gotas de agua para mojar los labios.

En todos los lugares
se hallaban por millones
las mariposas muertas.
Dolían las miradas
de tanto azul del cielo,
de tanto oro del sol,
de tanto rebrillar de las piedras.

Las últimas aves se habían ya marchado
y nadie se acordaba de cantar.

Todas las madrugadas nacía la esperanza de encontrar una nube
y por un vaso de agua se ofrecía la vida.

Se morirían los hombres, calcinados los ojos,
con un grito apretado en los labios:

Queremos agua!

Agua!

Agua!

Era la sequía!



Inundación

Enloquecidos, ciegos, los ríos desbocados,
crecidos hasta el límite de la angustia suprema,
más sonoros que el grito, más turbios que la lágrima,
le quitaron al campo su dorado vestuario de cosechas,
le borrarón los hondos surcos de su esperanza
y los blancos caminos que trazaron los hombres
para su viejo anhelo de fugarse y soñar.

Venid a presenciar la muerte lenta de todo cuanto vive en el va-
(lle tranquilo.
Traed los ojos limpios, olvidados del mundo,
porque en este momento la muerte llega a los bosques antiguos.

Mirad cómo la inundación sube sobre los siglos.

Venid a presenciar la muerte del gran árbol sagrado
Cuyas ramas sintieron la dulce construcción del primer nido.

¡Oh, la muerte suprema de los más viejos árboles!

Venid a presenciar la muerte lenta de las aldeas tranquilas,
traed los ojos dulces, recoged en los ojos todo el amor del mundo,
que en las casas del pueblo sólo habitan los niños ahogados.

Mirad cómo la inundación sube sobre la vida.

Venid a presenciar el lamentable viaje sin retorno
de las casas cuarteadas a conocer el mar.

Traed el pulso firme, porque el dolor es grande.
Sujetad el temblor mortal de las dos manos trémulas,
porque el dolor ya llega hasta el extremo límite.
Abrid, anchos, los ojos. Pero ante todo,
sujetaos las manos contra el pecho.
Cuidad que el corazón no paralice el eterno latido.

Mirad, mirad que vuestros viejos padres,
lentamente,
con los brazos en cruz, con los ojos vidriados,
van también hacia el mar.

Venid a contemplar la inundación que llega hasta el espíritu.

Venid a contemplar la invasión del agua en la clara pupila,
la ternura infinita de la última imagen,
la marcha desgarrada de la postrer sonrisa,
el callado naufragio del recuerdo tranquilo....

(¿Dónde reposarás ahora, pequeña golondrina,
el cansancio del vuelo?)

Mirad cómo se hundén los jardines del pueblo.
Mirad cómo naufragan las más hermosas flores
y se apagan las capas de luces de los hermosos insectos.

Mirad cómo se hunde aquella vieja casa
donde la luz del sol por vez primera llegó a vuestras pupilas.

Salvad a la alegría! No dejéis perecer a la alegría!
Miradla cómo pide vuestro auxilio desde unos ojos muertos
con un pañuelo de agua.



Pronto! Salvad a la alegría!
No dejéis perecer a la alegría!

•

Venid a presenciar la invasión de las aguas en las naves dormidas.
Venid a ver crecer las aguas en torno a las esbeltas columnas.
Venid a escuchar el rumor sordo del templo sumergido.

Mirad cómo naufragan los altares.
Mirad cómo la fe, aterida, se sumerge en el agua.
Mirad cómo las aguas alcanzan a las oraciones delgadas como flechas
que subían al cielo.
Venid a ver cómo se ahogan todas las oraciones.
Venid a ver a las campanas mudas y estremecidas
con el agua hasta el cuello.

¡Oh, traed vuestra fe a la iglesia inundada!
¡Traed vuestra oración a que se ahogue,
que va a quedarse sola!

Venid a escuchar el rumor sordo del templo sumergido.

•

¿Y ahora?

Ahora, estamos solos.
La soledad nos queda sobre el campo aterido.

No somos sino cuatro.
Sólo en nosotros cuatro ha quedado la vida.

Aquí. Agarrados al tronco de este eucalipto abuelo
que ya tenía cien años cuando nació la aldea.

Desesperados por no lograr darle vida a una llama
se han muerto de frío
los hombres que encontraron refugio en la montaña.

Nosotros solamente poseemos la vida.

¡Que no nos la quite esta inundación de sollozos
en la garganta herida!

¡Que no nos la quite
hasta haber encontrado el cadáver de nuestra alegría!



*Aquí,
España
nuestra*

Aquí estamos, con la oreja apegada a la tierra,
oyendo cómo tiembles.

Aquí, con las venas hinchadas,
el aliento alargado, fino y tenso,
el pulso estremecido.
Aquí, sintiendo volar tus catedrales,
estremecerse el hondo cimiento de tu carne,
tu alma y tus montañas.
Aquí. Escuchando el rumor de tu muerte,
el morir generoso, la palabra y el alma,
España nuestra.

Aquí: sintiendo renacer de tu muerte
tu eterno vivir.
Sintiendo en libertad de sangre tuya.
Sintiendo tu luchar.
Sordo clamor eterno, ¡oh viva sangre nuestra,
venida de la tuya!
Hacia tu tierra, vieja madre, se nos corren las venas.
Hacia tu sangre antigua, nuestra sangre.
Hacia tu alma, la nuestra.
Nuestro sol a tu sol.

Aquí: con nuestra sangre encadenada,
con nuestra voz herida, hendida de cuchillas,
destrozada por vieja fuerza oscura, vieja fuerza de siglos.
Aquí, ya tan lejos de un libre vivir.
Aquí, con la sangre dormida y el pecho en pesadumbre.

Es nuestro, vieja madre, tu fuego eterno y nuevo.
Tu honor, en que renace el honor de los hombres.
Tu grito en la trinchera. Tus mujeres heroicas.
Sangre y alma, espíritu y semilla.
Oscura fuerza, odiadora del hombre.
de su ancho vivir,
de su alegría.
Aquí. Mientras los generales te desangran.
Mientras los curas te hincan sus colmillos.
Mientras rubios halcones decapitan la voz de tus poetas.
Aquí, mirando cómo vives tu nueva reconquista,
—no ya la cruz de Cristo, sí la vida del hombre—.
Aquí: no tu palabra, tu sangre.
Tu alma misma.
Aquí: a través de tu mar Pacífico y tus olas de Atlante,
hablando tu lenguaje y latiendo tu ritmo.

España, España nuestra, vieja madre,
nos dueles y nos ardes
en la dolgada tela del corazón, donde el alma está tímida y ro-
ciento,
donde se une y se crece el amor en la vida.

España, madre nuestra, joven madre roja, eterna,
antigua y nueva: vivimos tu agonía,
hoy, lucha generosa y mañana, victoria.
Aquí, Ecuador de tu América, tu Ecuador,
sintiendo de tu muerte crecer nuestra victoria,
de tu muerte que es vida.

Con la oreja apegada a la tierra
sentimos arribar tus pasos hasta el triunfo:
clara semilla, luz, eléctrico fluir del hombre hacia su hora.

Quito (Ecuador), Marzo 1937.

Página número treinta y siete

